

CAPITULO XIX.

Alvarado hace una horrible carnicería en la nobleza mexicana: Vuelve Cortés á México.

Teniendo Cortés despues de su victoria, mas de mil quinientos españoles á sus órdenes, pensó en fundar nuevas colonias en la costa, hacer otras expediciones en el gofo y estender de este modo su poder. Y Habia nombrado ya los gefes para estas distintas comisiones y distribuido las tropas, cuando recibió noticias de Alvarado, de que el pueblo mexicano se le habia sublevado: y creyendo de preferencia atender primero y remediar este mal, contrarió las órdenes dadas y regresó á México con toda su fuerza.

El dia XI Atl, del mes 5º Toxcatl, que en el año de 1520 correspondió al 23 de Mayo, se celebraba en el templo mayor de México, la primera fiesta del Dios Huitzilopochtli, incensando al dios; y era conforme al rito, que hubiera gran baile del rey, los sacerdotes y la nobleza. [1] Era la fiesta mas solemne del año, y por tanto los nobles suplicaron al capitan Tonatiuh, permitiera al rey concurrir al templo á llenar los deberes de su religion. Prescott siguiendo á Oviedo, cree que: Alvarado concedió el permiso con la sola condicion de que se omitieran los sacrificios de víctimas humanas; pero Clavijero y el P. Acosta que parecen mejor informados, suponen que negó el permiso de que el rey saliera y por tanto el baile tuvo lugar en uno de los patios del palacio

[1] Clavijero tom. 1.º pag. 406.

que servia de cuartel á los españoles y de prision al rey. A la hora de costumbre, concurrió al palacio la nobleza, que Oviedo fija en un número de seiscientos y el Sr. Las Casas hace subir hasta dos mil: iban todos con sus mas ricos adornos de preciosas joyas; y al ronco sonido de sus instrumentos, comenzaron alegres á cantar y bailar. Los soldados españoles por órden de su capitan, ocuparon las puertas del palacio y otros se fueron mezclando entre aquella alegre un multitud: y cuando mas entusiasmados se hallaban con su danza, dió órden el gefe que su tropa los atacase; y en un momento, aquellos desgraciados sintieron el furor de los soldados españoles, que se cebó en los desarmados nobles, como una fiera que sacia sus salvajes instintos sobre la presa que devora. (2)

Esta horrible carnicería, incomparablemente menos justificable que la de Cholula, fué seguida del despojo que hicieron los españoles de las alhajas que cubrian los cadáveres de aquellos nobles, y sin duda esto y la creencia general de los mexicanos, hizo decir á varios autores, entre ellos al respetable Sr. Las Casas, que la codicia para apoderarse de aquellas riquezas fué el móvil de aquella trágica y sangrienta escena: Solís; que se empeña demasiado en hallar heroicidad en todas las acciones de sus paisanos, da por cierta una conspiracion de los mexicanos para hacer armas contra los españoles en medio de la fiesta y libertar á su rey; y que sabido esto por Alvarado, quiso prevenir el mal comenzando la danza con la cruel ejecucion de los nobles. Extraño modo de prevenir un mal, y mas raro el que el cronista mayor de las indias emplea para dorar esta mancha! Clavijero sin querer adoptar ninguna de estas versiones, se inclina á creer, que fué causa de un oculto manejo de los

2 Clavijero tom. 2º pág. 94. Prescott. lib. 4.º cap. 8 Sahagun lib. 12 cap. 20.

tlaxcaltecas para indisponer á los mexicanos sus odiados enemigos, con Alvarado. Esta opinion, si no es la mas fundada en la verdad, es la menos odiosa y por tanto es á la que nos decidimos; pero todos los autores reprochan con mas ó menos fuerza el proceder de Alvarado, y aun el mismo Solís, no puede dejar de decir que: «Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con mas ardor que providencia.» [3]

No hubo una familia de las principales de México, que no sufriera el acerbo dolor de contar una víctima en esta horrible devastacion de la flor de su nobleza, hecha precisamente en el dia que Alvarado prohibia expresamente que se sacrificaran víctimas humanas. Los mexicanos expresaron de cuantos modos les fué posible su profundo sentimiento, y no pudiendo contenerse la irrision del pueblo con tan sensible golpe, desde aquel momento tuvo á los españoles por enemigos de la patria, tomando las armas para arrojarlos de su seno. El cuartel de los españoles sufrió un terrible ataque por aquel pueblo enfurecido como las olas de un mar tempestuoso; pero los estragos de la artillería hubieron de contenerlos. Al dia siguiente fué aun mas rudo el golpe, y casi ya los castellanos se contaban del todo perdidos, cuando se presentó el rey ante el tumulto de los asaltantes y con el influjo de su autoridad, pudo enfrenar el ardor de su pueblo y evitar el completo estermínio de sus sanguinarios enemigos. Así cesaron de atacar con armas el cuartel, por consideracion á su soberano; pero quemaron cuatro bergantines que el general habia mandado construir y negaron la entrada de víveres para el alojamiento español.

Cortés como se habia dicho, luego que tuvo conocimiento de la sublevacion de los mexicanos, volvió llegando

Solis lib. 4.º cap. 12.

primero á Tlaxcala, donde fué alojado en el palacio de Maxixcatzin y recibido con la misma consideracion: allí tuvo noticias mas pormenorizadas de lo ocurrido en Tenoxtitlan; y marchó sin detenerse mucho, llevando dos mil tlaxcaltecas, unidos á mil trescientos hombres de infantería española y noventa y seis caballos. (4) Al aproximarse este ejército á México, no habia en la ciudad ningun estruendo de armas; y se notaba un silencio tal, que mas que una poderosa corte que encerrara en su seno á dos poderosos y encarnizados enemigos, parecia una ciudad deshabitada, en que se hubiera paseado el ángel exterminador. Esta calma aparente hizo presagiar al general, una próxima borrasca, y entró lleno de disgusto por tan desagradables ocurrencias á causa de su separacion. Al llegar al palacio donde estaba su tropa, Mocteuhezuma salió á recibirlo con su acostumbrada generosidad; pero tuvo el grave disgusto, que el general con estudiada intencion, desdeñara aquel obsequio y lo pasara desapercibido. Ni fué tampoco mas feliz el capitan Alvarado, que fué reprendido severamente, por su falta de prudencia.

Esto ocurría el 24 de Junio, un mes despues de la trágica escena con la nobleza: y en tan largo tiempo, ya se hacia sentir demasiado la falta de víveres, la cual se hizo notar mas ese mismo dia por el aumento del ejército con que entró Cortés. Este mandó entonces amenazar al rey, si no se restablecia el mercado para que el ejército se proveyera de víveres; y Mocteuhezuma se escusó, con no tener de quien valerse para la ejecucion de sus órdenes, por estar presas las personas de mas categoria. Entonces Cortés mandó poner en libertad al príncipe Cuitlahua, hermano del rey y señor de Iztapalapan, para que proveyese á esta necesidad de los españoles;

Bernal Diaz cap. 123.

pero éste, lejos de obsequiar los deseos del general, tomó luego el mando de las tropas y dirigió las hostilidades como generalísimo de los ejércitos mexicanos. (5)

Desde la noche de ese día se empezó á notar el influjo de Cuiclahua de un modo funesto para los españoles. El general mandaba un correo á Veracruz avisando su llegada y el aspecto que en aquella corte presentaban los negocios; pero sin que el mensajero pudiera salir de la ciudad, volvió al cuartel en la madrugada del día siguiente, avisando estar toda la ciudad sobre las armas y que tenían levantados los puentes de las calzadas. No pasó mucho tiempo de este aviso, cuando todo el pueblo se fué presentado en masas irregulares, desplegando sus banderas militares, y ostentando sus terribles instrumentos de guerra, y con los mayores alaridos y gritos mas espantables, que en el mundo se puede pensar. (6) A la llegada de aquella muchedumbre, que apareció por las calles y azoteas de las casas inmediatas, se siguió un disparo de flechas y piedras arrojadas con las hondas, que parecían llovidas por el cielo, y cubrían el suelo de los patios y las azoteas del palacio. (7) Los españoles dispararon su artillería que abría brecha arrazando las filas de los asaltantes: era la primera vez que los mexicanos veían los mortíferos efectos de aquellas máquinas y por un momento el espanto que les causó la mortandad que veían entre sus compañeros, los detuvo; pero vueltos á unir, se arrojaron con mayor intrepidez y llegaron hasta los muros, que algunos lograban escalar aunque sin fruto, porque el primero que asomaba, caía al certero tiro del soldado español, ó al rudo golpe del maquahuitl tlaxcalteca.

Así lucharon un rato, hasta que á Cortés le pareció

5 Herrera, dec. 2 lib. 10. Clavijero tomo 2º pag. 96.—6 Seg. rel. de Cortés pag. 134.—7 Rel. de Cortés ibid.

conveniente tomar la ofensiva y salió mandando personalmente cuatrocientos hombres: á este impulso los aztecas se retiraron algo y la columna pudo recorrer algunas calles, en las que incendió varias casas; y vuelto á su cuartel y viendo que los enemigos repetían el asalto, hizo salir otros doscientos soldados al mando de Ordaz, que en ese día dió grandes pruebas de su valor. Luego que salió la fuerza, los mexicanos se fueron retirando para alejar á Ordaz de los suyos; y cuando lo creyeron conveniente se le arrojaron, envolviéndolo en un ataque por el frente y la retaguardia, al mismo tiempo que la muchedumbre que guardaba las azoteas, descargaba sobre ellos una tempestad de piedras y flechas. La serenidad de Ordaz salvó á sus compañeros, pues solo ocho murieron, aunque todos incluso el jefe, volvieron á su cuartel heridos. De los mexicanos murió un número excesivo; y el mayor daño que los españoles recibieron, fué haber sido incendiado su cuartel por varias partes, habiendo tenido para impedirlo, que tumbar una parte del muro, con lo cual quedó abierta una gran brecha, que se cubrió con la artillería y una línea de arcabuceros. (8)

Al entrar la noche cesó aquel sangriento combate de todo el día; y los españoles pudieron reparar algo la parte destruida de las paredes de su edificio, curar á los enfermos y tomar algún reposo para seguir peleando al día siguiente, en el cual se repitió el asalto aun con mayor brío por los mexicanos. Cortés salió con una columna de cuatrocientos hombres, y pasó el día peleando en las calles, y poniendo fuego á muchas casas; pero en la tarde tuvo que volver á su alojamiento con muchos soldados heridos, sin haber conseguido una victoria decisiva, porque apesar del estrago que las armas de fue-

8 Seg. Rel. de Cortés pag. cit.

go hacian en las confusas masas de sus enemigos, parece que la tierra los reproducia, volviendo á aparecer la línea compacta, sobre los mutilados miembros de sus compatriotas.

Moctehuzuma en lo mas reñido del combate, habia subido á observar á una de las torres del palacio; y entre la multitud reconoció á su hermano Cuitlahuatzin, dirigiendo al pueblo para el asalto. Esto le hacia temer que perderia la corona, lo cual lo entristecia, no menos que la muerte de tantos mexicanos y la destruccion de su ciudad. En la noche llamó á Cortés á su estancia y le hizo presente todos los males que se estaban sufriendo y que no veia otro remedio para ello, que la pronta salida de los españoles. Al general le afligia salir de la ciudad perdiendo todo lo que su arrojo y habilidad habian podido conseguir; pero la urgencia era grande, pues fuera del peligro en que los tenia aquel pueblo resuelto á espulsarlos de su seno ó hacerlos concluir allí mismo, la falta de víveres era un motivo suficiente para hacerlos sucumbir ó dejar la ciudad. De manera que en vez de oponerse á la idea del rey, se manifestó condescendiente á ella, con tal de que depusieran las armas sus súbditos.

Al dia siguiente se presentaron los mexicanos con el mismo ánimo hostil de los dias anteriores y combatieron con tal arrojo, que á pesar del fuego de los cañones y mosquetes, muchos habian logrado entrar al cuartel de los españoles, y estos ya desesperados peleaban cuerpo á cuerpo, prontos á sucumbir al excesivo número de sus contrarios. Y viendo Moctehuzuma el peligro en que aun él mismo se hallaba, se puso las insignias reales y acompañado de algunos de sus ministros, subió á la azotea de donde habló á su pueblo. A su voz cesó el estrago de las armas y aquella penetrante gritería con que los aztecas atacaban: un profundo silencio se suce-

dió al ruido aterrador de la batalla; y el rey en un breve discurso, les hizo ver que si él permanecia allí era solo por el gusto de estar en el palacio de su padre; pero que podia volverse al suyo en el momento que quisiera. Que ademas el gefe español le habia dado palabra de salir de la ciudad, en el momento que dejaran las armas, por lo cual les mandaba que vueltos á su casa, se restituyera la tranquilidad. Cuando el rey acabó de hablar todos daban muestras de gran respeto y muchos aun permanecian arrodillados; pero aquel silencio lo interrumpió la voz de uno que se atrevió á llamar al soberano cobarde y afeminado, por cuya pusilanidad indigna del gefe de la valerosa nacion azteca, se habia entregado á los estrangeros como prisionero y queria entregar á toda la nacion. A estos insultos de palabra, se siguieron los hechos, y disparó al rey una flecha, lo cual desencadenó el furor del pueblo contra el monarca, pues luego se oyeron mil improperios de aquella agitada multitud, que lo cubria de flechas y de piedras, de las cuales una que le dió en la cabeza, le causó una peligrosa herida y lo hizo caer en tierra sin sentido.

Tal es el modo con que Clavijero refiere este acontecimiento: por la relacion de Bernal Diaz, el mismo Cortés y los demas autores que muchos de ellos hablaron con algunos de los testigos presenciales, se sabe que viendo Cortés la implacable tenacidad de los mexicanos é informado de que cuando atacaron á Alvarado, los contuvo la presencia de su soberano, le instó para que saliera á calmar la agitacion de su pueblo: que aunque él se negaba, al fin convino á las instancias de Cristóbal de Olid y el P. Olmedo, asegurándole que saldrian de allí en el acto que le abrieran camino. Fuera de esta diferencia, el hecho está conforme en todos los historiadores.

Clavijero tomo 2.º pag. 166.

El desgraciado monarca fue conducido á su habitacion: y cuando recobró su sentido, sintió mas la humillante condicion á que estaba reducido, que los agudos dolores causados por la herida. En medio de la angustia que oprimia su espíritu, contempló su pasado esplendor y vió que la estrella de su fortuna, habia enteramente declinado á su ocaso: un profundo abatimiento se apoderó de su alma; y espantado con la imágen de su deshonra, no quiso sobrevivir á su desgracia. Se negó á recibir toda curacion: y la herida que tal vez no habria sido mortal atendida oportunamente, le causó la muerte ayudado de la postracion de su espíritu.

El día 28 siguió el ataque tan sangriento como desde el principio: Cortés con tres mil tlaxcaltecas, la mayor parte de los españoles y dos piezas de artillería, salió ayudado de unas máquinas de madera que habia mandado construir, para defenderse del diluvio de flechas y piedras que sobre ellos descargaban en las azoteas; (9) pero despues de pelear inútilmente, sin poder forzar el primer puente que cortaba una de las tres calles principales, volvió á sus cuarteles, con sus máquinas destruidas y muchos de sus compañeros heridos. Al día siguiente los bravos aztecas circundaban el cuartel asaltándolo con el mismo ardor y amedrentando á los castellanos con estar ya cerca la hora de ofrecer su corazon palpitante al furibundo dios Huitzilopochtli.

En el templo mayor, altura que dominaba completamente los cuarteles de Cortés, se habian situado como seiscientos mexicanos: y conociendo el gefe los grandes daños que de allí les ocasionaban, ordenó que su camarista Escobar con cien hombres, asaltara el teocalli é incendiara los santuarios, pero siendo rechazada esta partida por tres veces, resolvió el general personalmente

9 Clavijero tomo 2º pág. 100.

atacarlo. Vencido el numeroso ejército que resguardaba el dilatado atrio inferior, dejó una línea de arcabuceros que contuviera al enemigo que se presentaba por las avenidas: y él, seguido de los gefes y soldados mas distinguidos de su ejército, fué peleando por las escaleras del teocalli, donde halló una vigorosa resistencia, así por los guerreros que las defendian, como por las teas encendidas que los de arriba arrojaban sobre ellos. Cuando lograron estar en el átrio superior, se trabó cuerpo á cuerpo un horrible combate en presencia de toda la ciudad, donde la resistencia por cada parte era estrema, porque allí no habia cuartel, ni modo de huir ni de retirarse, no habia medio en la terrible disyuntiva de una costosa victoria y la muerte. La orilla de aquella plana y tersa superficie, no tenia ningun parapeto que la defendiera: y varias veces veian á dos contrarios en aquella desesperada lucha, rodar de la altura del teocalli, para venir á despedazarse juntos sus cuerpos en los enlozados de las escaleras ó del atrio inferior.

Despues de tres horas de un batallar con no interrumpida furia, la superioridad de las armas españolas y la pericia de los que las manejaban, dió el triunfo á estos sobre los aztecas, que con escepcion de dos ó tres sacerdotes que condujeron presos á los cuarteles, allí quedaron tendidos en el ensangrentado pavimento ó fueron arrojados de la altura. Los españoles sufrieron la pérdida de cuarenta y cinco de sus compañeros; y los que quedaron vivos, aunque heridos, para completar su victoria, en medio de los gritos de triunfo arrancaron de su santuario la falsa divinidad de Huitzilopochtli, y á presencia de aquella ciudad horrorizada la precipitaron de su abominable teocalli, poniendo fuego á los santuarios. «Pron- tamente salieron las llamas á las delgadas torres, arro-

10 Prescott, lib. 5.º cap. 20.

jando una fatal luz sobre la ciudad, lago y valle, hasta la mas remota choza de las montañas. Era la pira funeral del paganismo, y proclamaba la caída de aquella religion sanguinaria, que como una obscura nube habia estado suspensa sobre las hermosas regiones del Anahuac.» (10)

CAPITULO XX.

Muerte de Mocteuhezuma; noche triste.

Concluida la gloriosa batalla del gran teocalli, durante la cual en las demas partes se suspendió el ataque como por comun acuerdo de los combatientes para presenciar el importante que pasaba en presencia de los dioses nacionales, bajaron los españoles con la satisfaccion del vencedor, sin que los atemorizados aztecas intentaran disputarles el paso al regreso para sus cuarteles.

Cortes creyó aquella ocasion oportuna para sacar el partido de terminar las hostilidades y mandó invitar al enemigo para un parlamento. Los principales nobles ocurrieron á la gran plaza, acompañados de grandes comitivas de guerreros: y saliendo el general á una de las torrecillas del palacio, le habló á la multitud que escuchaba con atenta curiosidad. «Bien convencidos debeis estar de lo inútil que es vuestra oposicion á los españoles: habeis visto vuestros dioses arrastrados por el polvo, destruidos sus altares, quemados vuestros edificios y muertos millares de guerreros. Todos estos males os ha ocasionado vuestra rebelion. Y sin embargo, por el afecto que aun os profesa vuestro soberano, á quien habeis tratado indignamente, suspenderé gustoso las hosti-

10 Prescott.

lidades, si deponéis las armas y volveis á la obediencia; pero si así no lo haceis, convertiré vuestra ciudad en un monton de cenizas, y no dejaré alma viviente que lllore sobre ellas.» Tal fué el razonamiento que empleó Cortés y que les fué trasmitido á aquellos indomables espíritus, por la meliflua voz de D^a Marina; pero el pueblo azteca sufrido y tardo en irritarse, no se podia contener facilmente cuando se habia roto el dique de su acumulada violencia. No podian negar los hechos que les citaba el general, porque eran ciertos y aun sus terribles efectos los tenian á la vista: aun concedieron, que á la ventaja de las armas españolas, moririan muchos mexicanos por cada extranjero; mas su pueblo era tan numeroso, que fácilmente se cubrian las bajas mientras Cortés no podia reponer uno solo de sus soldados, todos los cuales sucumbirian al peso de sus armas, ó á los horrores de las enfermedades y el hambre. «Los puentes, decian, están levantados y no podeis escapar: pocos de vosotros dejarán de experimentar la venganza de nuestros dioses.»

(1) A estas terribles palabras, que sonaron en el oido de los castellanos, como el trueno aterrador que precede á una tormenta, se siguió una lluvia de flechas que como una nube cubria aquellas murallas y los sitiados se llenaron de temor. Aquel supersticioso espíritu, con que en los primeros dias fueron vistos los extranjeros como ministros de una divinidad, ya habia desaparecido y los aztecas creyeron ser de su misma naturaleza y agobiarlos con el peso de su número. Este amargo desengaño, la noticia de estar encerrados allí con la rotura de los puentes, los continuos peligros del combate, el dezasón por las vigiliass, la languidez que era consiguiente á la falta del necesario alimento, todo esto fué para el ejército como un toque de muerte, y ante aquel peligro que

1 Seg. rel. de Cortés pag. 139.